

LIBRO QUINTO

ARGUMENTO

Después de haber reglamentado la educación de los hombres, Platón se ocupa de la educación de las mujeres. Quiere él que estas dos educaciones sean idénticas : las mujeres aprenderán el manejo de las armas e irán a la guerra; más aún, serán comunes, pertenecerán a todos, de suerte que los hijos no conozcan a sus padres, ni los padres a sus hijos. Queriendo destruir los privilegios del nacimiento, el legislador destruye la familia : la ternura conyugal y el amor de los padres por los hijos son eliminados de su república. En seguida llaman su atención dos cuestiones graves : la de la esclavitud y la de la guerra; se trata de establecer una y otra según la justicia. Las repúblicas griegas son todas aliadas y amigas, pertenecen, por decirlo así, a la misma nación. Ahora bien : el hombre perfectamente justo no reducirá a la esclavitud a su amigo o a su aliado; de suerte que los griegos no tomarán sus esclavos de entre los griegos, y no los tomarán sino de entre los bárbaros. El derecho y los sentimientos humanitarios hacen aquí su aparición por la primera vez. De la cuestión de la esclavitud, pasa Platón a la de la guerra, y hasta halla el medio de introducir en ella los sentimientos humanitarios, a lo menos entre los griegos. No se atreve a decir que sea un crimen una lucha de pueblos libres y amigos, pero no quiere que tal lucha se llame guerra. Le cambia el nombre para suavizar sus horrores, y la llama discordia; y en ésta, los griegos se batirán pero no asolarán, no incendiarnán, no destruirán como enemigos a todos los habitantes de un Estado. En fin, sólo irán contra el pequeño número de aquellos que

hayan suscitado la discordia, porque el mayor número se compondrá de amigos. También aquí aparecen el derecho y los sentimientos humanitarios por primera vez; el círculo es todavía estrecho pero la idea ha germinado, se ha encendido la antorcha, ya no habrá de extinguirse y habrá de alumbrar, como el Sol, al género humano.

I

SÓCRATES

Doy, pues, a ese gobierno, ya sea en un Estado, ya sea en un individuo, el nombre de gobierno legítimo y bueno; agrego que si esta forma de gobierno es buena, las otras son malas, y para administrar los Estados y para reglamentar las costumbres de los individuos, esas formas pueden reducirse a cuatro.

GLAUCO

¿Cuáles son éas?

Iba yo a hacer la enumeración en el orden en que me parecía se formaban las unas de las otras cuando Polímarco, que estaba sentado a alguna distancia de Adimanto, tendió la mano, le haló el manto por la espalda y le dijo al oído, inclinándose hacia él, algunas palabras de las cuales sólo alcanzamos a oír éstas: ¿Le dejaremos pasar otra? ¿Qué hacemos? De ninguna manera, repuso Adimanto, alzando entonces la voz.

SÓCRATES

¿Qué es lo que no queréis dejar pasar?

ADIMANTO

A ti.

SÓCRATES

¿A mí? ¿Y por qué razón?

ADMANTO

Parécenos que pones en ello algo de pereza, y que, por no tener explicación que dar, nos privas de una parte de esta discusión que no es la menos interesante. Has creído escapar diciendo, de una manera un poco ligera, que con respecto a las mujeres y a los niños era evidente para todo el mundo que habría comunidad, como entre amigos.

SÓCRATES

¿No he tenido razón, Adimanto?

ADMANTO

Sí, pero este punto, como los demás, necesita explicación. Esta comunidad puede practicarse de varios modos. Dinos de cuál quieras hablar. Hace ya tiempo que oímos, esperando siempre que dirás una palabra acerca de la procreación de los hijos, de la manera de educarlos, y acerca de cuanto se relaciona con la comunidad de las mujeres y de los hijos; porque estamos persuadidos de que el partido, bueno o malo, que haya de tomarse al respecto tendrá grandes consecuencias, o más bien, que él es decisivo para la sociedad. Ahora que pasas tú a otra forma de gobierno antes de haber desarrollado suficientemente este punto, hemos resuelto, como acabas de oírlo, no dejarte ir más lejos sin que antes hayas explicado todo eso como has explicado lo demás.

GLAUCO

Inclúyeme entre los que así opinan.

TRASÍMACO

Sí, Sócrates, todos hemos tomado ese partido.

2. — SÓCRATES

¿Qué habéis hecho, al apoderaros de mí de esta manera? ¿Qué nueva discusión sobre el Estado vais a suscitar? Me felicitaba de haber salido de un mal paso, contento en extremo de que se hubiese querido aceptar lo que entonces dije. Al remover este asunto no os dais cuenta de la multitud de nuevas disputas que vais a suscitar. Yo lo veía bien, pero lo evitaba temiendo que hubiera de ocasionar grandes tormentas.

TRASÍMACO

¡Cómo! ¿Crees tú que hemos venido aquí a fundir el oro y no para oír discursos? (1).

SÓCRATES

En buena hora, pero discursos que tengan alguna medida.

GLAUCO

La medida de conferencias semejantes es la vida entera para los hombres sensatos. Mas déjanos el cuidado de nuestros propios asuntos; por lo que a ti respecta, no te canses de responder a nuestras preguntas y piensa el modo de decirnos tu pensamiento sobre la manera como habrá de establecerse entre nuestros gobernantes la comunidad de mujeres y de los hijos, y sobre el modo como éstos habrán de ser educados a partir del día de su nacimiento hasta llegar a la educación propiamente dicha, época que demanda los más exigentes cuidados. Ensaya, pues, decirnos qué será preciso hacer en eso.

SÓCRATES

Es esto, precisamente, lo que no es fácil decir, mi

(1) Proverbio que implica concebir grandes esperanzas que se ve uno obligado a abandonar.

querido, y lo que habrá de encontrar menos credulidad en los espíritus que todo lo anterior. No se creerá en que ello sea posible; y aun cuando se vea la posibilidad, las gentes no se persuadirán jamás de que no hay nada mejor que hacer. He ahí por qué temo abordar semejante asunto; temo, querido amigo, que mi pensamiento sea tomado por un vano deseo.

GLAUCO

Nada temas. Hablarás a personas que no son faltas de entendimiento, no obstinadas en su incredulidad, y que no están mal dispuestas con respecto a ti.

SÓCRATES

Joven excelente, ¿no será por tranquilizarme que así me hablas?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Pues bien, tus palabras me producen el efecto contrario. Si yo mismo estuviese bien persuadido de la verdad de lo que acabo de decir, tu voz de aliento estaría muy bien; porque uno habla con seguridad y con confianza cuando quienes le escuchan tienen buen discernimiento y manifiestan buena voluntad, cuando uno sabe que les dice la verdad sobre cuestiones importantes por las cuales se interesa grandemente. Mas cuando no tiene uno confianza en sí mismo, y sin embargo trata de hablar — como ahora lo hago, — ello es peligroso y debe uno temer, no que el auditorio ría (este temor sería pueril), sino apartarse de la verdad y arrastrar en su caída a sus amigos tratándose de cosas sobre las cuales es de suprema importancia no incurrir en el error. Conjuro, pues, a

Adrastea (1) a que no se ofenda por lo que voy a decir, porque considero menos criminal dar muerte a alguien involuntariamente que engañarle sobre la belleza, la bondad, y la justicia y las leyes. Sería preferible correr este riesgo con los enemigos a correrlo con los amigos; he ahí por qué haces mal en obligarme.

GLAUCO (*sonriendo*).

Si tus discursos nos inducen al error, Sócrates, nosotros te absolveremos como si se tratase de un homicidio involuntario; no te consideraremos como un engañador. Tranquilízate, pues, y habla.

SÓCRATES

En buena hora; como en el primer caso uno es declarado inocente según las leyes, cuando hay desistimiento, es bien probable que deba también serlo en el segundo.

GLAUCO

Es esa una razón más para que hables.

SÓCRATES

Reanudaré entonces el hilo de una materia que acaso hubiera sido mejor tratar más adelante, cuando viniese la ocasión. No está, pues, fuera de propósito que después de haber determinado, en todas sus partes, el papel que deban desempeñar los hombres, determinemos también el de las mujeres, y tanto más cuanto que tú a ello me invitas.

3. — Para hombres nacidos y educados como hemos dicho, nada mejor, en mi opinión, en cuanto a la posesión y el uso de las mujeres y de los hijos, que seguir la ruta que hemos trazado al principio. Nosotros

(1) Adrastea o Némesis, hija de Júpiter, castigaba los asesinatos, sin excluir los cometidos involuntariamente.

hemos representado a los hombres como los guardianes de un rebaño.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Sigamos esta idea, dando a los hijos un nacimiento y una educación de acuerdo con ella y veamos si el plan nos da o no resultado.

GLAUCO

¿Cómo así?

SÓCRATES

Veámoslo. ¿Creemos nosotros que entre los perros las hembras deben ayudar a guardar los rebaños, ir a la caza y hacerlo todo en común, o creemos que deben quedarse en casa, como si la necesidad de tener cachorros y de alimentarlos les incapacitase para cualquiera otra cosa, en tanto que el trabajo y el cuidado de los rebaños ha de estar exclusivamente reservado a los machos?

GLAUCO

Queremos que todo les sea común. Solamente teniendo en cuenta los servicios que de ellos se obtienen hay que considerar la debilidad de las hembras y la fuerza de los machos.

SÓCRATES

¿Puede obtenerse de un animal el mismo servicio que se obtiene de otro si no ha sido alimentado y educado del mismo modo?

GLAUCO

No.

SÓCRATES

Por consiguiente, si exigimos a las mujeres los

mismas servicios que a los hombres precisa darles la misma educación.

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

Hemos dado a los hombres los principios de la música y de la gimnástica.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Será pues preciso enseñar también a las mujeres esas dos artes, formarlas para la guerra, y tratarlas en todo de la misma manera que a los hombres.

GLAUCO

Eso es consecuencia de lo que dices.

SÓCRATES

Pero puede suceder que muchas de esas cosas, por ser contrarias al uso, parezcan ridículas si de la teoría pasamos a la práctica.

GLAUCO

Muy ridículas.

SÓCRATES

Pero en todo eso, ¿qué es lo que te parece más ridículo? Será, sin duda, ver a las mujeres desnudas ejercitándose en la gimnasia como los hombres; y no digo las mujeres jóvenes solamente, sino que hablo también de las viejas, a la manera de los ancianos que se entregan todavía a esos ejercicios, aunque llenos de arrugas y de aspecto un tanto desagradable.

GLAUCO

Ciertamente, de acuerdo con nuestras costumbres actuales, aquello aparecería ridículo.

SÓCRATES

Pues que hemos comenzado, no habremos de temer las burlas de los espíritus chistosos que no dejarán de ridiculizar semejante innovación, cuando vean a las mujeres ejercitarse en la música y la gimnástica, sobre todo cuando las vean ensayarse en el manejo de las armas y en la equitación.

GLAUCO

Tienes razón.

SÓCRATES

Ya que hemos comenzado, sigamos nuestra ruta, y veamos, ante todo, lo que esta institución tiene de repugnante. Supliquemos a los que se burlan que nos escuchen seriamente. Hagámosles recordar que no hace mucho tiempo creían todavía los griegos — como lo creen hoy la mayor parte de los pueblos bárbaros — que la vista de un hombre desnudo es un espectáculo vergonzoso y ridículo, y que, cuando se abrieron los gimnasios por primera vez en Creta, después de haberlo sido en Lacedemonia, los graciosos de entonces tuvieron algún derecho para sus burlas. ¿Qué opinas tú?

GLAUCO

Pienso como tú.

SÓCRATES

Pero cuando la experiencia demostró que era mejor hacer los ejercicios gimnásticos desnudo que vestido, el ridículo que se quería ver en la desnudez fué eliminado por la razón que acababa de descubrir lo más conveniente, y se comprobó asimismo que solamente el hombre superficial halla ridículo otra cosa distinta de lo que es malo y procura hacer reír, tomando por objeto de sus burlas otra cosa distinta de lo que es

vicioso o está fuera de razón; o persigue seriamente un fin que no es el bien.

GLAUCO

Nada más cierto.

4. — SÓCRATES

¿No convendría decidir, ante todo, si lo que nos proponemos es o no posible, y darle a quien la quiera — hombre ligero o serio, — la libertad de examinar si dentro de la humana naturaleza cabe que las mujeres sean capaces de ejecutar los mismos ejercicios de los hombres, o si no son capaces de ejecutar uno solo siquiera de esos ejercicios, o si son, en fin, capaces de ejecutar unos e incapaces para ejecutar otros? Despues de hacer este examen veremos en qué clase debemos colocar los ejercicios de la guerra. ¿No es probable que, si el principio ofrece tan buenos augurios, brinda las más bellas esperanzas para el fin?

GLAUCO

Seguramente.

SÓCRATES

¿Quieres tú que nosotros mismos nos encarguemos de hacer valer las razones de nuestros adversarios, para no sitiarn una plaza sin defensa?

GLAUCO

Nada se opone a ello.

SÓCRATES

He aquí lo que pudieran decirnos : « Sócrates y Glauco, no necesitamos otros contradictores fuera de vosotros. Habéis convenido, cuando echabais las bases de vuestro Estado, en que cada cual debe limitarse a desempeñar la única función que le es propia.

GLAUCO

Hemos convenido en ello, es verdad.

SÓCRATES

¿No puede ser que haya una extrema diferencia entre la naturaleza del hombre y la de la mujer?

GLAUCO

¿Cómo podría no haber una diferencia extrema?

SÓCRATES

Es, pues, preciso asignar al uno y a la otra funciones diferentes según la naturaleza de cada cual.

GLAUCO

Ello no admite contradicción.

SÓCRATES

¿Cómo decir que no es un error vuestro y una contradicción manifiesta declarar que los hombres y las mujeres deben llenar las mismas funciones a pesar de la enorme distancia que separa su naturaleza?» Mi querido Glauco, ¿qué responderías a esto?

GLAUCO

Contestar en el acto no sería cosa fácil; pero yo te suplicaré, y en efecto te lo suplico, que te encargues de defendernos como quieras.

SÓCRATES

Hace tiempo, mi querido Glauco, había previsto esta dificultad y muchas otras semejantes. He ahí por qué vacilaba y temía abordar el estudio de la ley sobre la posesión y la educación de las mujeres y de los hijos.

GLAUCO

¡ Por Júpiter, que la cosa no parece fácil !

SÓCRATES

Ciertamente que no ; pero recuerda esta verdad : sea que un hombre caiga en un estanque, o en plena mar, poco importa, nadará de todos modos.

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

Pues bien, debemos también nosotros echarnos a nadar y procurar vencer esta dificultad. Acaso hallaremos un delfín (1) para conducirnos, o puede que nos llegue algún otro socorro maravilloso.

GLAUCO

Ello podría ser.

SÓCRATES

Veamos si se nos presenta alguna salida. Hemos convenido en que una diferencia de naturalezas traía por consecuencia una diferencia de funciones. Reconocemos, por otra parte, que el hombre y la mujer son de naturaleza diferente, y sin embargo pretendemos dar a entrabmos los mismos empleos. ¿No es esto lo que nos objetáis?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

A la verdad, mi querido Glauco, que el arte de la disputa tiene un poder maravilloso.

GLAUCO

¿Qué quieres decir?

(1) Alusión a la fábula de ArIÓN.

SÓCRATES

Paréceme que se incurre a menudo en la disputa sin quererlo, y que uno cree discutir cuando no hace sino disputarse. Proviene esto de que, no pudiendo distinguir los diferentes sentidos de una proposición, saca uno de ella contradicciones aparentes, y de que se apela a la quisquilla en vez de emplear la dialéctica, interrogándose mutuamente.

GLAUCO

Es esta, en efecto, la falta habitual de multitud de personas. Pero ¿tiene esto que ver con la cuestión que se debate?

SÓCRATES

Desde luego que sí; y temo que, muy a pesar nuestro, nos dejemos llevar por la disputa. Nos aferramos con calor, y como verdaderos polemistas, a la letra de la proposición de que naturalezas diferentes deben tener empleos diferentes, en tanto que no hemos estudiado en absoluto de qué especie de diferencia y de identidad se trata, ni lo que tenemos en mira al distinguir la una de la otra asignando funciones diferentes a las naturalezas diferentes y las mismas funciones a naturalezas idénticas.

GLAUCO

Es verdad que no hemos estudiado todavía ese punto.

SÓCRATES

Por consiguiente, lo que debemos hacer es preguntarnos a nosotros mismos si los hombres calvos y los hombres cabelludos son de la misma naturaleza o de naturaleza diferente, y una vez que nos hayamos convencido de lo segundo — si los calvos desempe-

ñan el oficio de zapateros, — prohibiremos ese oficio a los cabelludos, y reciprocamente.

GLAUCO

Pero semejante defensa sería ridícula.

SÓCRATES

¿Por qué? Al hacer la distribución de los diversos empleos no establecemos de una manera absoluta la diferencia y la identidad de las naturalezas, y ¿no consideraríamos su diferencia y su semejanza sino en relación con los empleos mismos? ¿No es así, por ejemplo, como dariamos la misma naturaleza al médico y al hombre apto para la medicina?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿Y naturalezas diferentes al que tiene vocación de médico y al carpintero?

GLAUCO

Sin duda.

5. — SÓCRATES

De suerte que si hallamos que la naturaleza del hombre difiere de la de la mujer, en relación con cierto arte y con cierta función, concluiremos que es preciso asignar ese arte o aquella función al uno o al otro. Mas si la diferencia de los dos sexos consiste en que el varón engendra y la hembra concibe, no juzgaremos por eso — como verdad demostrada — que la mujer difiere del hombre en el punto de que aquí se trata, y no insistiremos tampoco en creer que los guardianes y sus mujeres deben llenar las mismas funciones.

GLAUCO

Y con razón.

SÓCRATES

Por ahora no pidamos a nuestro contradictor que nos enseñe cuáles son, en el Estado, el arte o el empleo para cuyo desempeño no ha recibido la mujer de la naturaleza las mismas disposiciones que el hombre.

GLAUCO

Esta petición, es justa.

SÓCRATES

Acaso nos contestaría lo que decías tú hace un momento, o sea que no es cosa fácil complacernos en el acto, pero que, tras alguna reflexión, ello no es difícil.

GLAUCO

Bien podría darnos esa respuesta.

SÓCRATES

¿Quieres suplicar a nuestro contendor que siga el curso de nuestras deliberaciones mientras procuramos demostrarle que no hay en el Estado empleo alguno que sea exclusivamente propio para las mujeres?

GLAUCO

Consiento en ello.

SÓCRATES

Responde, le diríamos : la diferencia entre aquel que tiene aptitudes para una cosa, y el que no las tiene, ¿consiste, según tu opinión, en que el primero aprende con facilidad y el segundo no? ¿En que el primero, lleva sus investigaciones mucho más allá de lo que se le ha enseñado, con poco estudio, al paso que el otro,

a pesar de largos estudios y aplicación, no puede ni siquiera retener en la memoria lo que ha aprendido? ¿En que en el uno, en fin, las disposiciones del cuerpo secundan la actuación del espíritu, al paso que en el otro esas disposiciones son un obstáculo? Fuera de las disposiciones contrarias, ¿hay otros signos por medio de los cuales distingas tú las favorables para una cosa dada?

GLAUCO

Todo el mundo dirá que no.

SÓCRATES

¿Conoces tú una sola profesión humana en la cual — y miradas las cosas bajo todos estos aspectos — no se muestran los hombres superiores en mucho a las mujeres? ¿Será necesario que nos detengamos ante algunas excepciones, tales como las labores de lana, la manera de preparar los pasteles y ciertos manjares, cosas en las cuales las mujeres parecen tener cierta habilidad y en las cuales la inferioridad sería para ellas el colmo del ridículo?

GLAUCO

Tienes razón en decir que en todo, por decirlo así, los hombres tienen una marcada superioridad sobre las mujeres. No quiero ello decir que muchas mujeres, y en varios puntos, no sobrepasen a muchos hombres; pero en lo general las cosas son como tú lo dices.

SÓCRATES

Tenemos, pues, mi querido amigo, que no hay en el Estado función alguna que corresponda exclusivamente al hombre o a la mujer por razón de su sexo, sino que las facultades están distribuidas igualmente entre los dos sexos. La naturaleza ha dado a la mujer,

lo mismo que al hombre, una parte en todas las funciones, pero lo ha hecho de tal manera que aquélla es siempre inferior a éste.

GLAUCO

Ciertamente.

SÓCRATES

¿Habremos, por tanto, de asignar al hombre todas las funciones del Estado, sin dejar ninguna a la mujer?

GLAUCO

¿Cuál sería la razón de ese procedimiento?

SÓCRATES

Hay, diremos, mujeres aptas para el estudio de la medicina o de la música, y otras a quienes falta esa aptitud.

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

¿No hay también mujeres aptas para los ejercicios gimnásticos y militares, y otras que no lo son?

GLAUCO

Así lo creo.

SÓCRATES

¿No hay, en fin, mujeres filósofas y mujeres valerosas, y otras que no son ni lo uno ni lo otro?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Hay, pues, mujeres aptas para intervenir en la dirección del Estado, y otras que no lo son. ¿No hemos determinado ya en qué consiste ese género de aptitud

en lo que a los guardianes del Estado se relaciona?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Luego el hombre y la mujer tienen una misma naturaleza, propia para la salvaguardia del Estado; la única diferencia es que los unos son más aptos y los otros lo son menos.

GLAUCO

Evidentemente.

6. — SÓCRATES

He ahí las mujeres que nuestros guardianes deben escoger por compañeras y para que con ellos velen por la marcha del Estado, puesto que tienen capacidad para ello y han recibido de la naturaleza las mismas disposiciones.

GLAUCO

Perfectamente.

SÓCRATES

¿Pero no es preciso asignar las mismas funciones a las mismas naturalezas?

GLAUCO

Las mismas.

SÓCRATES

De este modo volvemos, como si hubiésemos recorrido un círculo, al punto de partida, y reconocemos que no va contra la naturaleza el destinar las mujeres de nuestros guerreros a la música y a la gimnasia.

GLAUCO

En verdad que no.

SÓCRATES

Estando conforme con la naturaleza, la ley que

establecemos no es, pues, una quimera ni un deseo vano. Lo que es contrario a la naturaleza es más bien la costumbre opuesta que se sigue en el día.

GLAUCO

Es de creerse.

SÓCRATES

¿No debíamos estudiar si nuestra institución es posible y si es ella la más ventajosa?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Pues bien : acabamos de ver que ella es posible.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿De suerte que sólo nos falta convencernos de que es la más ventajosa?

GLAUCO

Evidentemente.

SÓCRATES

¿No es cierto que la misma educación que ha servido para la formación de nuestros guerreros habrá de servir también para formar sus mujeres, una vez que la naturaleza que hay que cultivar es una misma?

GLAUCO

La misma, en verdad.

SÓCRATES

¿Cuál es tu modo de pensar al respecto?

GLAUCO

¿Sobre qué?

SÓCRATES

¿Admires tú que todos los hombres no tienen los mismos méritos, o crees tú que son todos iguales?

GLAUCO

Creo que son muy desiguales.

SÓCRATES

En el Estado cuyo plan trazamos, ¿valdrá más el guerrero que haya recibido la educación de que hemos hablado, en tu concepto, que el zapatero educado en su profesión?

GLAUCO

Me haces una pregunta ridícula.

SÓCRATES

Comprendo. ¿No son los guerreros la clase más estimable del Estado?

GLAUCO

Sin comparación.

SÓCRATES

¿No serán también sus mujeres la flor entre las demás?

GLAUCO

Muy cerca de ello.

SÓCRATES

¿Pero hay algo más ventajoso para un Estado que contar con ciudadanos excelentes de uno y otro sexo?

GLAUCO

No, no hay nada más ventajoso.

SÓCRATES

¿No alcanzarán ese grado de excelencia mediante

el cultivo de la música y de la gimnasia, como lo hemos dicho?

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

Tenemos, pues, que nuestra institución no es sólo posible, sino que es lo que hay de más ventajoso para el Estado.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Así pues, las mujeres de nuestros guerreros se despojarán de sus trajes porque su virtud los reemplazará; compartirán con sus esposos los trabajos y todos los cuidados que la defensa del Estado impone, sin ocuparse de ninguna otra cosa, sólo que la debilidad consiguiente a su sexo hará que se les asigne la parte menos pesada del servicio. En cuanto al que se burle ante la vista de las mujeres desnudas, cuando sus ejercicios tienen un fin excelente, recoge fuera de estación — al burlarse de ese modo — los frutos de su inspiración; no sabe, en verdad, ni de qué se ríe ni lo que hace; porque hay razón para decir, y la habrá siempre, que es bello lo útil, y que lo único vergonzoso es lo que perjudica.

GLAUCO

Tienes completa razón.

II

1. — SÓCRATES

El reglamento que acabamos de concebir con respecto a la mujer, ¿no podría compararse a una ola de la cual hemos logrado escapar a nado? Lejos de habernos sumergido al establecer que en el Estado todos los empleos deben ser comunes entre los guerreros y sus mujeres, ¿creemos haber comprobado por el hecho mismo que este reglamento es a la vez posible y ventajoso?

GLAUCO

Verdaderamente, acabas de escapar a los combates de una ola terrible.

SÓCRATES

No dirás eso cuando hayas visto lo que viene luego.

GLAUCO

Habla; déjame lo ver.

SÓCRATES

Esta ley, y las precedentes, son seguidas naturalmente de otra.

GLAUCO

¿De cuál?

SÓCRATES

Hela aquí: las mujeres de nuestros guerreros serán usadas en común por ellos; ninguna vivirá especialmente con ninguno de ellos; los hijos serán también comunes, y no conocerán éstos a sus padres, ni éstos a aquéllos.

GLAUCO

Te será más difícil hacer pasar esta ley, y demostrar que ella no establece nada que no sea posible y útil.

SÓCRATES

No creo que se pongan en duda las grandes ventajas que trae la comunidad de mujeres e hijos, si ella puede llevarse a cabo; pero si creo que se me arguya sobre todo la posibilidad de realizarlo.

GLAUCO

Bien podrá arguirse en contra de lo uno y de lo otro.

SÓCRATES

He ahí dos dificultades que se presentan en mi contra. Esperaba salvarme de la una de las dos, que tú convendrías en las ventajas y que sólo me restaría discutir la posibilidad.

GLAUCO

Hemos comprendido bien que tú querías escaparnos; pero responde a estas dos dificultades.

SÓCRATES

Veo que es preciso pasar por ello, pero acuérdame una gracia. Déjame tomar un poco de aliento, una tregua, como esos espíritus ociosos que acostumbran alimentarse de sus sueños. Esa clase de gentes desciuda averiguar por qué medios podrían lograr el objeto de sus deseos por temor de fatigarse al examinar si ello es posible o imposible; la dan por obtenido, arreglan todo lo demás a su agrado, se complacen en enumerar todas las cosas que harán una vez alcanzado el éxito, y aumentan así la natural indolencia de sus almas. Pues bien, yo experimento ahora el

temor de ellos y deseo dejar para otra ocasión el examen de la posibilidad de lo que propongo. Por el momento, la supongo demostrada, y voy a examinar, si tú me lo permites, las disposiciones que para la ejecución tomarán los magistrados, y a hacer ver que nada sería más útil al Estado y a los guerreros. He ahí, si lo permites, lo que procuraré investigar, en primer término, contigo. En seguida abordaré la otra cuestión.

GLAUCO

Te lo prometo; comienza tu examen.

SÓCRATES

Creo que nuestros magistrados y nuestros guerreros, si son dignos del nombre que llevan, estarán dispuestos, los últimos a hacer lo que se les ordene, y los primeros a no ordenar cosa alguna que no esté prescrita en la ley o ajustarse al espíritu de los reglamentos, los que dejamos a su prudencia.

GLAUCO

Así debe ser.

SÓCRATES

Tú, en calidad de legislador, después de haber escogido entre las mujeres como lo has hecho entre los hombres, los acomodarás lo más posible según sus caracteres. Ahora bien : toda esa juventud, con habitación y mesa comunes, y no poseyendo nada particularmente, estará siempre reunida, y como se encontrará siempre mezclada en los gimnasios y en todos los ejercicios, creo imposible que no sea inducida, debido a un sentimiento muy natural, a formar uniones. ¿No es verdad que esto ocurrirá necesariamente?

GLAUCO

Si no es esa una necesidad geométrica, sí es una necesidad fundada en el amor, y podría tener más fuerza que la otra para persuadir y atraer a la multitud.

2. — SÓCRATES

Lo que dices es cierto. Pero no es permitido, mi querido Glauco, formar uniones aventureadas o cometer faltas del mismo género en un Estado en el cual deben ser felices los ciudadanos; los magistrados no lo tolerarán.

GLAUCO

En efecto, tal cosa no es acorde con la justicia.

SÓCRATES

Es, pues, evidente que, de acuerdo con esto, santificaremos el matrimonio hasta donde sea ello posible, y los matrimonios más santos serán aquellos de que mayores ventajas derive el Estado.

GLAUCO

Esto es evidente.

SÓCRATES

Mas ¿cómo habrán de ser ventajosos? Corresponde a ti, Glauco, decírmelo. Yo veo que tú mantienes en tu casa perros de caza y aves de especies finas; ¿te cuidas de lo que precisa hacer para ponerlos en contacto y que se multipliquen?

GLAUCO

¿Qué es preciso hacer?

SÓCRATES

Entre esos animales, aunque todos son de buena

raza, ¿no hay algunos que son, o llegan a ser, superiores a los otros?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿Deseas tú tener la cría de todos indistintamente, o prefieres la de los que son superiores a los demás?

GLAUCO

Prefiero la cría de estos últimos.

SÓCRATES

¿De los más jóvenes, de los más viejos, o de aquellos que están en todo el vigor de la edad?

GLAUCO

De estos últimos.

SÓCRATES

Si no se tomasen todas las precauciones del caso, ¿no tendrías la seguridad de que la raza de tus perros y de tus pájaros degeneraría en breve?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿No crees tú que lo propio ocurre tratándose del caballo y de los demás animales?

GLAUCO

Absurdo sería no creerlo.

SÓCRATES

Si ocurre lo propio con respecto a la especie humana, mi querido Glauco, por los dioses, que para el cargo de magistrados nos serán necesarios hombres superiores en verdad!

GLAUCO

Ocurre lo mismo con la especie humana; ¿pero por qué hablas así?

SÓCRATES

Porque tendrán necesidad de emplear un gran número de remedios. Un médico, aunque sea de un nivel inferior al ordinario, nos parece suficiente para los enfermos que no han menester de remedios y consenten en seguir un régimen; pero bien sabemos que cuando se trata de usar los remedios precisa tener un médico más hábil.

GLAUCO

Convengo en ello; ¿pero a qué viene todo esto?

SÓCRATES

Vas a verlo. Parécesme que nuestros magistrados se verán obligados frecuentemente a recurrir a la mentira y al engaño para bien de los ciudadanos; y hemos dicho en alguna parte que la mentira es útil cuando se sirve uno de ella como de un remedio.

GLAUCO

Lo hemos dicho con razón.

SÓCRATES

Si hay algún caso en que la mentira pueda ser permitida, es sobre todo en lo que se refiere a los matrimonios y a la reproducción de la especie.

GLAUCO

¿Cómo así?

SÓCRATES

Es preciso, de acuerdo con nuestros principios, estrechar las relaciones entre los hombres y las mujeres de *élite*, y hacer que, por el contrario, sean raras entre

los individuos inferiores de uno y otro sexo. Es preciso, además, educar a los hijos de los primeros y no a los de los segundos si queremos tener un rebaño que conserve toda su belleza sin degenerar; es indispensable también que todas estas medidas se mantengan ocultas — excepto de los magistrados — para que no haya la menor discordia entre los guerreros.

GLAUCO

Muy bien.

SÓCRATES

Será, pues, conveniente organizar fiestas en donde reunamos a los futuros esposos con las que hayan de ser sus consortes. Estas fiestas irán acompañadas de sacrificios y de epitalamios que nuestros poetas prepararán de acuerdo con la solemnidad del acto. Dejaremos a los magistrados el cuidado de reglamentar el número de los matrimonios, a fin de conservar el mismo número de hombres, atendiendo a las pérdidas sufridas en la guerra, a las enfermedades y otros accidentes, de suerte que el Estado no aumente ni disminuya de ningún modo.

GLAUCO

Bien.

SÓCRATES

Luego se sortearán los esposos, pero con una habilidad tal, que los individuos inferiores acusen a la fortuna y no a los magistrados de la unión que les toque en suerte.

GLAUCO

Perfectamente.

3. — SÓCRATES

En cuanto a los jóvenes que se distingan en la gue-

rra, o en cualquier otra parte, se les concederá, entre otras recompensas, una relación o trato más frecuente con las mujeres. Será este un pretexto para que la mayor parte de los hijos provengan de esas uniones.

GLAUCO

Muy bien.

SÓCRATES

Los niños, a medida que vayan naciendo, serán puestos en manos de hombres o de mujeres, o bajo el cuidado de hombres y mujeres reunidos, encargados especialmente de esta labor; porque los cargos públicos son comunes a los dos sexos.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Llevarán ellos a la cuna común a los hijos de los ciudadanos de la *élite* y los confiarán a nodrizas que vivirán aparte, en un barrio de la villa. En cuanto a los hijos de los ciudadanos inferiores, y a los de los otros, si tienen alguna deformidad, se les ocultará, como convenga, en algún sitio secreto, con prohibición de revelarlo.

GLAUCO

Sí, si se quiere conservar en toda su pureza la raza de los guerreros.

SÓCRATES

Los encargados especiales tendrán también a su cuidado la alimentación de los niños, conducirán a las madres cerca de ellos en la época de la venida de la leche, y pondrán todos los medios posibles para que ninguna logre reconocer a su hijo. Si las madres no alcanzan a alimentarlos con su leche, los encargados

cuidarán de que otras les ayuden; y velarán para que aquellas que tengan bastante leche no den el seno al pequeño sino durante un tiempo medido. Por lo que a las veladas y demás cuidados minuciosos respecta, encargarán de ellos a las nodrizas e institutrices.

GLAUCO

Haces, en verdad, fácil la maternidad para las mujeres de los guerreros.

SÓCRATES

Tengo mis razones para ello; pero continuemos lo que tenemos comenzado.

Hemos dicho que la procreación de los hijos debe hacerse en el vigor de la edad.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿No te parece que la duración del vigor de la edad es de veinte años para la mujer y de treinta para el hombre?

GLAUCO

Pero ¿cómo distribuyes ese tiempo para cada sexo?

SÓCRATES.

Las mujeres darán hijos al Estado desde los veinte hasta los cuarenta años; y los hombres — después de haber dejado pasar la pasión de la juventud — hasta los cincuenta y cinco años.

GLAUCO

Es esa, en efecto, la época de mayor vigor en los dos sexos, tanto para el cuerpo como para el espíritu.

SÓCRATES

Si llegare a suceder que un ciudadano, menor o mayor de las edades prescritas, toma parte en esta labor generatriz, que no debe tener otro objeto distinto del general interés, le declararemos culpable de impiedad y de injusticia por haber dado vida a un hijo cuyo nacimiento, falto de publicidad, no habrá ido acompañado de sacrificios, ni de las oraciones que sacerdotes, sacerdotisas y el Estado entero elevarán a los dioses en cada matrimonio pidiéndoles que de ciudadanos útiles y virtuosos, nazca una posteridad más útil y virtuosa todavía. Muy lejos de esto, un nacimiento tal no será sino una obra de tinieblas y de pavoroso libertinaje.

GLAUCO

Bien.

SÓCRATES

La misma ley es aplicable a aquel que, teniendo todavía edad para engendrar, frecuente a una mujer que esté todavía en edad de concebir, sin haber obtenido la venia del magistrado. Declararemos que su hijo es ilegítimo, nacido del concubinato y sin los auspicios religiosos.

GLAUCO

Muy bien.

SÓCRATES

Mas cuando uno y otro sexo hayan pasado la edad de dar hijos al Estado, dejaremos a los hombres en libertad de tener comercio carnal con las mujeres que quieran, fuera de sus hijas, sus madres, sus nietas y sus abuelas; y a las mujeres la misma libertad que a los hombres, fuera de tener ese comercio con sus hijos, sus padres, y parientes en línea descendente o ascen-

dente; y les recomendaremos, sobre todo, que tomen las precauciones posibles para no dar a luz el fruto concebido en ese comercio; y si, a pesar de toda precaución, llegare a nacer uno, que se observe rigurosamente el principio de que el Estado no se hace cargo de alimentarlo.

GLAUCO

Muy bien; ¿pero cómo distinguirán a sus padres, a sus hijos y a los demás parientes de que acabas de hablar?

SÓCRATES

No los distinguirán; pero a partir del día en que un guerrero haya tenido relaciones con una mujer, considerará como suyos los hijos varones que nazcan dentro del séptimo o décimo mes, y como hijas suyas las mujeres que nazcan dentro del mismo tiempo. Estos hijos le llamarán padre; los hijos de éstos serán considerados como sus nietos, y le llamarán abuelo y abuela a su mujer; y cuantos nazcan dentro del período en que sus padres han de dar hijos al Estado, se tratarán como hermanos. Toda alianza entre estas personas será prohibida, como ya lo hemos dicho; pero hermanos y hermanas podrán unirse legítimamente si la suerte así lo quiere y Apolo concede su aprobación.

GLAUCO

Muy bien.

4. — SÓCRATES

Tal es, mi querido Glauco, la comunidad de mujeres y de hijos que se trata de establecer entre los guardianes del Estado. Ahora importa demostrar que esta institución se armoniza con las otras y que es la mejor. ¿No es esto lo que tenemos que hacer?

GLAUCO

Sí, eso precisamente.

SÓCRATES

Para convencernos de ello, ¿no debemos empezar por preguntarnos a nosotros mismos cuál es, tratándose de la fecundación de un Estado, el mayor bien que debe perseguir el legislador como fin de sus leyes, y cuál es, también, el mayor de los males? ¿No conviene investigar en seguida si esta comunidad que hemos explicado nos pone en la vía de ese bien mayor y si nos aleja de ese gran mal?

GLAUCO

La idea no podría exponerse con mayor claridad.

SÓCRATES

¿Puede concebirse mayor mal para un Estado que aquel que lo divide y lo convierte en varios haciéndole perder su unidad? ¿O puede concebirse mayor bien que aquel que vincula todas las partes formando una sola entidad?

GLAUCO

No.

SÓCRATES

¿La comunidad del dolor y de la alegría no constituye un vínculo cuando hasta donde es ello posible, todos los ciudadanos gozan y se afillan por igual ante los sucesos venturosos y desgraciados?

GLAUCO

Seguramente.

SÓCRATES

¿Y no es el egoísmo en estos sentimientos el que divide al Estado cuando los unos se gozan y los otros

se asfígen en presencia de los mismos acontecimientos públicos y privados?

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

¿De dónde proviene esta oposición de sentimiento sino de que todos los ciudadanos no exclaman, con unánime voz, me interesa esto, no me interesa aquello, esto me es extraño?

GLAUCO

Sin duda alguna.

SÓCRATES

Si casi todos los ciudadanos dijesen, a propósito de las mismas cosas, me interesa esto, no me interesa aquello, ¿no marcharía el Estado de la mejor manera del mundo?

GLAUCO

Ciertamente.

SÓCRATES

El Estado es, en ese caso, como un solo hombre; voy a explicarme: cuando uno de nosotros se hiere un dedo, la simpatía del cuerpo y del alma — cuya unidad es obra de la parte superior del alma — despierta por una sensación; todo el hombre sufre con el sufrimiento de una de sus partes, y por esto decimos que está enfermo de un dedo. Lo propio ocurre con cualquiera otra parte del cuerpo, ya sea que se trate del sentimiento del dolor o del bienestar que trae la curación.

GLAUCO

Sí, ocurre lo mismo; y como dices tú es la mejor imagen del Estado que está mejor gobernado.

SÓCRATES

Si a un ciudadano le visita el bien o le sobreviene el mal, el Estado, tal como nosotros lo concebimos, se alegrará o aflijirá todo entero, a la par que el ciudadano, tomando parte en lo que a éste ocurre como si se tratase de él mismo.

GLAUCO

Esto es lo que debe ocurrir en un Estado regido por buenas leyes.

SÓCRATES

Tiempo es ya de que volvamos a nuestro Estado y veamos si todo lo que acabamos de considerar como verdadero le conviene más que a otro cualquiera.

GLAUCO

Veámoslo.

III

1. — SÓCRATES

¿No hay en los otros Estados, como en el nuestro, magistrados y pueblo?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿Gentes que se dan entre sí el calificativo de ciudadanos?

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

Pero aparte este nombre de ciudadanos, ¿qué título especial da el pueblo en los demás Estados a quienes le gobiernan?

GLAUCO

En la mayor parte les dan el título de señores, y en los gobiernos democráticos les llaman arcontes.

SÓCRATES

Entre nosotros, ¿qué título agregaría el pueblo al de ciudadanos que da a los magistrados?

GLAUCO

El de salvadores y defensores.

SÓCRATES

Y éstos, a su vez, ¿qué nombre darían al pueblo?

GLAUCO

El correspondiente a quienes les pagan su salario y los mantienen.

SÓCRATES

¿Cómo tratan en los otros Estados los jefes a los pueblos?

GLAUCO

Como esclavos.

SÓCRATES

Y entre sí, ¿cómo se tratan los jefes?

GLAUCO

Como colegas en la autoridad.

SÓCRATES

¿Y entre nosotros?

GLAUCO

Como guardianes del mismo rebaño.

SÓCRATES

¿Podrías decirme si en los otros Estados se tratan

unos a otros en parte como amigos, en parte como extraños?

GLAUCO

Nada más general.

SÓCRATES

¿De suerte que piensan y dicen que los intereses de los unos les atañen y que los de los otros no les atañen?

GLAUCO

Si.

SÓCRATES

Por el contrario, ¿entre nuestros guardianes hay uno solo que pueda pensar o decir que le es extraño alguno de aquellos que, como él, vela por la seguridad pública?

GLAUCO

De ningún modo, como que cada cual creerá ver en los demás un hermano o una hermana, un padre o una madre, un hijo o una hija, o algún pariente en orden descendente o ascendente.

SÓCRATES

Muy bien; pero respóndeme aún: ¿les darás leyes únicamente para consagrar el parentesco en las palabras? ¿No exigirás, además, que los actos correspondan a las palabras, y que los ciudadanos tengan por sus padres todo el respeto, todas las atenciones, toda la sumisión que prescribe la ley han de tener los hijos para con sus padres? ¿No declararás tú que el faltar a estos deberes es incurrir en el odio de los dioses y de los hombres porque es hacerse culpable de impiedad y de injusticia? ¿Permitirán los ciudadanos que los niños oigan, desde muy temprano, máximas de con-

ducta distintas con respecto a aquellos a quienes se les designarán como sus padres y parientes?

GLAUCO

Indudablemente que no; sería ridículo que tuviesen sin cesar en los labios los nombres que expresan el parentesco y que no llenasen los deberes consiguientes.

SÓCRATES

De suerte que en nuestro Estado, más que en los otros, como lo decíamos ahora poco, cuando sobrevengan bienes o males a un ciudadano, todos dirán a una: mis asuntos van bien, o mis asuntos van mal.

GLAUCO

Es verdad.

SÓCRATES

¿No hemos agregado que a consecuencia de esta persuasión y de esta manera de hablar habrá entre ellos comunidad de gores y de penas?

GLAUCO

Sí, y lo hemos dicho con razón.

SÓCRATES

¿De suerte que los ciudadanos tomarán todos parte y se interesarán en los asuntos de cada cual, como si esos asuntos fuesen personales suyos, y en virtud de esta unión compartirán las mismas alegrías y los mismos pesares?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿A qué atribuiremos estos felices efectos, si no es a la constitución de nuestro Estado, y sobre todo a la

comunidad de mujeres y de hijos entre los guerreros?

GLAUCO

Sí, tal es la causa principal.

2. — SÓCRATES

Pero hemos convenido en que esta unión de intereses constituye el mayor bien del Estado, cuando comparábamos un Estado bien gobernado al cuerpo humano cuyos miembros experimentan el goce y el dolor experimentados por un sólo miembro.

GLAUCO

Y hemos convenido en ello con razón.

SÓCRATES

Tenemos, pues, suficientemente demostrado que la causa del mayor bien que puede tener el Estado es la comunidad de mujeres y de hijos entre los guerreros.

GLAUCO

Es esta una conclusión muy legítima.

SÓCRATES

Agrega a esto que estamos acordes en lo que hemos establecido anteriormente. Hemos dicho que nuestros guerreros no debían poseer en propiedad casas, ni tierras, ni bienes ningunos, sino que era indispensable que recibiesen de otros su alimentación, como justa recompensa a sus servicios, y que viviesen en común, si querían ser guardianes verdaderos.

GLAUCO

Muy bien.

SÓCRATES

Ahora bien : como ya lo he dicho, los reglamentos

propuestos, unidos a lo que acabamos de proponer para ellos, no contribuirá a que cada día sean mejores guardianes, y no les impedirá dividir el Estado, — lo que sucedería si cada cual no dijese que las mismas cosas son suyas sino que éste lo dijera de una y aquél de otra; si alguno llevase a su casa cuando pudiese adquirir, sin compartir la posesión con nadie, y que otro, por su lado, llevase a la suya, lejos de los demás, una mujer e hijos para él solo, que le diesen goces y pesares enteramente personales que nadie compartiría con él; al paso que teniendo una misma opinión sobre la propiedad tendrán todos el mismo objetivo y compartirán, lo más posible, las mismas alegrías y los mismos pesares.

GLAUCO

Esto es incontestable.

SÓCRATES

Y por tanto, la cizaña y los pleitos no se producirán, por decirlo así, en un Estado en el cual nadie tendrá nada suyo propio, excepto su cuerpo, y en donde todo será tenido en común. ¿No se sigue de esto que todos los ciudadanos estarán al abrigo de las disensiones que surgen entre los hombres por razón de sus bienes, de sus mujeres y de sus hijos?

GLAUCO

Estarán, necesariamente, libres de todos esos males.

SÓCRATES

Tampoco se intentarán acciones entre ellos por razón de servicios y de violencias, porque les diremos que es justo y honrado que las personas de una misma edad se defiendan unas a otras, y les impondremos el deber de velar por la mutua seguridad.

GLAUCO

Bien.

SÓCRATES

Esa ley tiene también la ventaja de que si en algún arranque de cólera un individuo maltrata a otro, ese caso no tendrá mayores consecuencias.

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

Habremos dado al de más edad autoridad sobre el más joven, con derecho de castigar.

GLAUCO

Ello es evidente.

SÓCRATES

Y no será menos ventajoso el hecho de que los jóvenes no se atreverán, sin una orden de los magistrados, a emplear la violencia contra los más viejos, ni a golpearlos, ni a ultrajarlos de ninguna otra manera. Los detendrán dos barreras poderosas, el respeto y el temor; el respeto, señalándoles un padre en aquel a quien quieran atacar; el temor, haciéndoles comprender que los otros pueden salir a la defensa de la persona atacada, los unos en su calidad de hijos, los otros en su calidad de hermanos o de padres.

GLAUCO

No es posible que las cosas sean de otro modo.

SÓCRATES

¿Disfrutarán nuestros guerreros, bajo todos conceptos, de una paz inalterable en virtud de las leyes?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Mas si la concordia reina entre los guerreros, ¿no es

de temerse la discordia entre ellos y las demás clases de ciudadanos, o que surja entre los últimos?

GLAUCO

No.

SÓCRATES

No me atrevo, por respeto a las convénencias, a entrar en los detalles de otros males menores de que estarán exentos : los pobres no estarán obligados a rendir pleito homenaje a los ricos; no se experimentarán las molestias y los cuidados que la educación de los hijos imponen, ni tampoco el deseo de acumular riquezas merced al trabajo de un gran número de esclavos a quienes es preciso alimentar, deseo que lleva unas veces a tomar fuertes sumas en préstamo, otras a negar las deudas, y casi siempre a buscar el dinero por todos los caminos para ponerlo en seguida a la disposición de mujeres y de servidores; en fin, mi querido amigo, tantas otras bajezas y miserias que no vale la pena de enumerar!

GLAUCO

Sería preciso ser ciego para no verlas.

3. — SÓCRATES

Al abrigo de todas esas miserias, nuestros guerreros llevarán una vida mucho más feliz que la de los atletas coronados en los juegos olímpicos.

GLAUCO

¿Cómo así?

SÓCRATES

Los atletas no disfrutan sino de una pequeña parte de la dicha de que gozan nuestros guerreros. La victoria de éstos es más bella, y la recompensa que el

Estado les da es mucho más completa. En efecto, la victoria que ellos obtienen implica la salud del Estado entero; por corona y por recompensa reciben del Estado, tanto ellos como sus hijos, el sustento y todo lo que necesitan durante su vida; y después de muertos, la patria les hace funerales dignos de su mérito y del reconocimiento público.

GLAUCO

Esas son recompensas magníficas.

SÓCRATES

¿Recuerdas el reproche que nos hizo alguien, no sé quién (1), hace un momento, porque descuidábamos la felicidad de los guardianes del Estado, quienes podían tener cuanto poseían todos los demás ciudadanos, sin poseer nada en propiedad? Creo que hemos contestado que estudiariamos ese reproche en otra ocasión, si la oportunidad se presentaba; que nuestro objetivo, por el momento, era el de formar verdaderos guardianes, hacer todo el Estado lo más feliz posible, y no el de trabajar exclusivamente por la felicidad de una de las clases que lo componen.

GLAUCO

Me acuerdo de ello.

SÓCRATES

¿No piensas tú ahora que la vida de los guerreros, que nos parece más bella y más ventajosa que la de los vencedores olímpicos, es preferible a la condición del zapatero, del artesano o del labrador?

GLAUCO

Me parece que lo es.

(1) Adimanto, al principiar el libro IV.

SÓCRATES

Por lo demás, es oportuno repetir aquí lo que decía entonces : si el guerrero persigue una felicidad que haga de él cualquiera otra cosa que no sea un guardián del Estado, si una condición modesta pero segura y llena de ventajas, como lo hemos demostrado, no le es bastante, si una opinión tonta y pueril sobre la dicha le impele a acapararlo todo en el Estado, comprenderá con cuánta sabiduría dijo Hesiodo que la mitad (1) es más que el todo.

GLAUCO

Si ha de creerme, permanecerá en su condición y se conformará.

SÓCRATES

¿Convienes, entonces, en que todo sea común entre los hombres y las mujeres, como acabo de explicarlo, en lo que concierne a la educación, a los hijos y a la guardia del Estado; que ya sea que permanezcan en la ciudad o que vayan a la guerra, es preciso que compartan las fatigas de las veladas y de la caza, como lo hacen las hembras de los perros, y que todo sea tan común entre ellos como es posible? ¿Convienes tú, en fin, en que una institución semejante es muy ventajosa para el Estado y que no es ella contraria a la naturaleza de la mujer, en relación con la del hombre, en cuanto los dos han sido hechos para vivir en común?

GLAUCO

Convengo en ello.

4. — SÓCRATES

De suerte que sólo nos falta por examinar si es posi-

(1) Hesiodo, *Las Obras y los Días*, v. 40.

ble establecer en la raza humana esta comunidad que existe en las otras razas y ver cómo es esto posible.

GLAUCO

Te has anticipado; iba yo a hablarte de ello.

SÓCRATES

Por lo que respecta a la gente de guerra, se ve, con bastante claridad, cómo harán de hacerlo.

GLAUCO

¿De qué manera?

SÓCRATES

Es evidente que harán vida común y que además llevarán consigo a los más robustos de sus hijos, a fin de que éstos, siguiendo el ejemplo de los hijos de los artesanos, vayan viendo lo que les será preciso hacer cuando lleguen a la edad madura, y ayuden además a sus padres en lo que a la guerra atañe y presten todos los servicios posibles. ¿No has observado lo que se practica en otros oficios y el tiempo que el hijo del alfarero, por ejemplo, ayuda a su padre y le mira trabajar antes de empezar él mismo a ejercer la profesión?

GLAUCO

Sí, lo he observado.

SÓCRATES

¿Deben los artesanos poner mayor cuidado que los guerreros en la formación de sus hijos por la experiencia y por la vista de las cosas que conviene poner delante de sus ojos?

GLAUCO

Sería una extravagancia decirlo.

SÓCRATES

Por otra parte, todo animal combate con más valor en presencia de sus pequeños.

GLAUCO

Sí, pero es de temerse, Sócrates, que si nuestros guerreros experimentan algún revés, como suele suceder en la guerra, perezcan junto con sus hijos y que el Estado no pueda recuperarse de una pérdida semejante.

SÓCRATES

Convengo en ello; pero ¿opinas tú que nuestro primer deber haya de ser el de no exponerlos jamás al peligro?

GLAUCO

No.

SÓCRATES

Pues bien, si hay alguna ocasión en que sea preciso dejarles correr algún peligro, ¿no será cuando el éxito los haga más aguerridos?

GLAUCO

Eso es evidente.

SÓCRATES

¿Crees tú que sea esta una ventaja mediocre y que no merezca el riesgo de una aventura peligrosa la de dar el espectáculo de una batalla a niños que habrán de llevar las armas algún día?

GLAUCO

No; creo, por el contrario, que hay en ello una gran ventaja desde este punto de vista.

SÓCRATES

Haremos, pues, que los niños presencien los com-

bates, proveyendo, desde luego, a su seguridad, y todo marchará bien; ¿no es cierto?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Por otra parte, sus padres no serán inexpertos en el arte de la guerra, y sabrán prever, hasta donde es ello posible, cuáles son las expediciones peligrosas y cuáles no lo son.

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

Llevarán a sus hijos a estas últimas y nos los expondrán en las primeras.

GLAUCO

Bien.

SÓCRATES

No les darán por jefes hombres indignos de su confianza, sino aquellos que por su experiencia y su edad sean capaces de conducir y de gobernar a los niños.

GLAUCO

Así debe ser.

SÓCRATES

Pero se dirá que suelen ocurrir accidentes inesperados.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Para este caso, mi querido amigo, será preciso dar, desde muy temprano, alas a los niños para que puedan volar y escapar al peligro.

GLAUCO

¿Qué entiendes por alas?

SÓCRATES

Quiero decir que, desde su más tierna edad, conviene hacerles montar a caballo, y cuando estén bien ejercitados conducirles al combate como espectadores; mas no en caballos briosos y belicosos, sino en caballos ligeros en el circo y muy dóciles al freno. Será ese el mejor modo de que vean lo que han de hacer un día y de que se pongan en salvo de la manera más segura seguidos de cerca por sus mentores.

GLAUCO

Este recurso me parece bien hallado.

SÓCRATES

¿Y la guerra? ¿Cómo reglamentar la disciplina a que hayan de someterse los guerreros y la conducta que deban seguir con respecto al enemigo? Mi opinión acerca de estas dos cuestiones, ¿es justa o injusta?

GLAUCO

Explícala.

SÓCRATES

Aquel que haya abandonado su puesto, arrojado sus armas, o cometido cualquiera otro acto semejante de cobardía, ¿no deberá ser relegado entre los artesanos o los labradores?

GLAUCO

Ciertamente.

SÓCRATES

Y aquel que caiga vivo en poder del enemigo, ¿no deberá ser considerado como un obsequio a éste para que haga de su captura lo que a bien tenga?

GLAUCO

Esa es mi opinión.

SÓCRATES

Pero respecto de aquel que se haya distinguido por actos de valor, ¿no convendría que durante la expedición todos los jóvenes y los niños que de ella formen parte le coronen por turno?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿Y que le estrechen la mano?

GLAUCO

También opino por eso.

SÓCRATES

Pero esto otro que voy a decir no te agradará lo mismo.

GLAUCO

¿Qué cosa?

SÓCRATES

Que bese a cada cual y sea besado por todos.

GLAUCO

Consiento en ello gustoso; y agrego, además, que durante el tiempo de la expedición no sea permitido a aquellos a quienes él quiera besar negarse a ello a fin de que el guerrero que ame a alguno, de uno u otro sexo, recoja con más ardor el premio de su valor.

SÓCRATES

Bien, y esto está de acuerdo con lo que ya hemos dicho de que los ciudadanos más distinguidos tendrán relaciones más frecuentes con las mujeres que

los demás, y que podrán elegir aquellas que se les asemejen a fin de multiplicar la raza lo más posible.

GLAUCO

En efecto, así lo hemos dicho.

5. — SÓCRATES

Homero quiere que se honre todavía de otra manera a los jóvenes guerreros que se hayan distinguido por su bravura. Refiere este poeta, en efecto, que después de un combate en que Ajax (1) se había distinguido, le fué servido, para honrarle, el dorso entero de la víctima, recompensa muy a propósito para un guerrero lleno de juventud y de valor; era a la vez una distinción y un medio de aumentar sus fuerzas.

GLAUCO

Muy bien.

SÓCRATES

Seguiremos, pues, sobre este punto la autoridad de Homero. En los sacrificios y en todas las solemnidades semejantes, honraremos a los valientes, no solamente con cantos y con las distinciones de que hemos hablado, sino dándoles también el puesto principal en la mesa, brindándoles viandas y vinos en la mayor abundancia a fin de agregar al honor el ejercicio que habrá de hacerlos más robustos; y digo esto tanto de los hombres como de las mujeres.

GLAUCO

Yo lo apruebo.

SÓCRATES

En cuanto a los guerreros que hayan sucumbido durante la expedición, ¿no diremos que quienes han

(1) *Iliada*, VII, v. 321

hallado una muerte gloriosa en el combate pertenecen a la raza de oro?

GLAUCO

Seguramente.

SÓCRATES

¿No seremos también de la opinión de Hesiodo de que después de su muerte los hombres de esta raza

Se tornan en genios puros que moran en la tierra,
Genios superiores, bienhechores y protectores de la humana
raza? (1).

GLAUCO

Sí; lo creeremos así.

SÓCRATES

¿Consultaremos el oráculo sobre los funerales que han de hacerse a estos genios divinos y sobre los honores privilegiados que les son debidos, y reglamentaremos las ceremonias de acuerdo con la respuesta del dios?

GLAUCO

¿Por qué no hacerlo?

SÓCRATES

¿No les honraremos también, como genios tutelares, elevando sobre sus sepulcros nuestros homenajes y nuestras oraciones? ¿No rendiremos los mismos honores a aquellos que envejecen, o a los que mueren de cualquier manera después de haber disfrutado toda su vida de una gran reputación de virtud?

GLAUCO

Se les rendirá con ello menos honor que justicia.

(1) Hesiodo, *Las Obras y los Días*, v. 121.

SÓCRATES

Veamos ahora este otro punto : ¿ Cómo deberán conducirse nuestros guerreros con el enemigo ?

GLAUCO

¿En qué sentido ?

SÓCRATES

En primer lugar en lo que respecta a la esclavitud. ¿Te parece justo que los griegos sometan a la servidumbre las ciudades griegas, en vez de prohibirla lo más posible a las otras y de establecer en las costumbres el deber de administrar la nación griega, por temor de caer en la esclavitud de los bárbaros ?

GLAUCO

Es de sumo interés para los griegos, en todo y por todo, gobernar a los griegos.

SÓCRATES

¿Y no tener ellos mismos, por consiguiente, ningún esclavo griego, y aconsejar a los demás que sigan ese ejemplo ?

GLAUCO

Si; ese será el medio de volver mejor sus armas contra el enemigo y de no hacerse mal a sí mismos.

SÓCRATES

¿Es bien hecho despojar a los muertos y quitarles otra cosa distinta de sus armas después de la victoria ? ¿No es un pretexto de cobardes el de no avanzar contra el enemigo que aun combate, si alegan que llenan un deber mientras se arrojan sobre los cadáveres, y esta avidez de botín no ha sido muchas veces la causa de la pérdida de más de un ejército ?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿No es una bajeza y no revela una sórdida avaricia el hecho de robar a un muerto? ¿No es una ruindad de alma que apenas podría ser perdonable en una mujer tratar como enemigo el cadáver del adversario, una vez que el enemigo ha desaparecido y que no queda sino el instrumento de que se servía para combatir? Obrar de ese modo, ¿no equivale a imitar al perro que muerde la piedra que le ha golpeado, sin hacer el menor mal a la mano que ha lanzado la piedra?

GLAUCO

Es la misma cosa.

SÓCRATES

¿No es, pues, preciso dejarde despojar a los muertos y de impedir al enemigo que se los lleve consigo?

GLAUCO

Hay que acabar con eso.

6. — SÓCRATES

No llevaremos tampoco a los templos las armas de los vencidos como para hacer una ofrenda con ellas, sobre todo las armas de los griegos, si es que somos un poco celosos de la buena voluntad de los otros griegos. Sentiremos el temor de manchar los templos, llevando a ellos los despojos de nuestros parientes o paisanos, a menos que el oráculo ordene lo contrario.

GLAUCO

Muy bien.

SÓCRATES

Pasemos ahora a la devastación del territorio griego

y al incendio de las habitaciones. ¿Cuál será la conducta de nuestros guerreros en presencia del enemigo?

GLAUCO

Me causaría placer oír tu opinión al respecto.

SÓCRATES

Me parece que no debe asolar, ni incendiar, sino recoger solamente la cosecha del año. ¿Quieres saber la razón?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Parécmeme que si la guerra y la discordia tienen dos nombres diferentes, son también dos cosas diferentes que se relacionan con dos objetos distintos. Uno de estos objetos es aquello que nos ha unido por los vínculos de la sangre o de la amistad; el otro es aquello que no es extraño. La enemistad entre aliados se llama discordia, entre extranjeros guerra.

GLAUCO

Nada de lo que dices es contrario a la razón.

SÓCRATES

Veámos ahora si lo que voy a decir es conforme a la razón. Yo digo que los griegos son, entre sí, amigos y aliados; y que son extranjeros y de otra familia en relación con los bárbaros.

GLAUCO

Bien.

SÓCRATES

Así, cuando los griegos luchen con los bárbaros, y éstos contra los griegos, diremos que son enemigos

naturales en guerra, y será preciso dar el nombre de guerra a esa enemistad; pero cuando algo semejante ocurra entre los griegos, diremos que naturalmente son amigos, pero que una dolencia, una sedición perturba a la Grecia, y a esa enemistad daremos el nombre de discordia.

GLAUCO

Estoy enteramente de acuerdo contigo.

SÓCRATES

Por tanto, si cada vez que la discordia surge en un Estado devastan los ciudadanos las tierras e incendian las casas de unos y otros, te ruego veas cuán funesta sería esa discordia, y cuán poco importarían, a los de cada partido, los intereses patrios. Porque si se cuidasen de tales intereses no tendrían el valor de despedazar así a su madre, la patria. Los vencedores se creerán satisfechos por haber despojado a los vencidos de la cosecha del año, y pensarán en que algún día habrán de reconciliarse con ellos y en que no les harán siempre la guerra.

GLAUCO

Esta manera de pensar es mucho más digna de la humanidad que la primera.

SÓCRATES

¡Pero cómo! ¿No es un Estado griego el que pretendes fundar?

GLAUCO

Necesariamente.

SÓCRATES

¿Los ciudadanos de este Estado no serán humanos y buenos?

GLAUCO

Lo serán en alto grado.

SÓCRATES

¿No serán amigos de los griegos? ¿No mirarán la Grecia como su patria común? ¿No tendrán el mismo culto?

GLAUCO

Sí, ciertamente.

SÓCRATES

Mirarán, pues, sus diferencias con los griegos como un desagrado entre amigos y no le darán el nombre de guerra.

GLAUCO

No.

SÓCRATES

No será sino para reconciliarse que se dividirán.

GLAUCO

Nada más que para eso.

SÓCRATES

Ellos les llevarán a la razón con dulzura, sin llevar el castigo hasta el extremo de quitarles la libertad, y mucho menos la vida. Serán amigos prudentes y no enemigos.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

No olvidando que son griegos, no devastarán la Grecia, no incendiarán las habitaciones; no mirarán a todos los ciudadanos de un Estado como a sus enemigos declarados, incluyendo a los hombres, a las mujeres, a los niños, — y tendrán únicamente por

enemigos al pequeño número de aquellos que hayan suscitado el conflicto; y por consiguiente no querrán asolar las tierras ni destruir nada, porque el mayor número se compone de amigos y no permitirán que dure la diferencia sino hasta el día en que los culpables se vean obligados, por los inocentes que padecen, a dar una satisfacción.

GLAUCO

Por lo que a mí hace, reconozco como tú que nuestros conciudadanos deben observar esa conducta con los otros griegos, y tratar a los bárbaros como se tratan hoy los griegos unos a otros.

SÓCRATES

Dictemos, pues, a los guerreros una ley que prohíba asolar las tierras e incendiar las habitaciones.

GLAUCO

Adoptemos esa ley, así como las precedentes.

7. — Pero me parece, Sócrates, que si te dejamos continuar, olvidarás volver sobre la cuestión que has puesto de lado para entrar en todos estos desarrollos. Se trata de saber si semejante gobierno es posible, y cómo puede serlo. Digo, contigo, que si existiera produciría todos esos bienes en la ciudad que lo tuviese. Agrego, además, otras ventajas que tú omites, como por ejemplo la de que nuestros guerreros combatirán al enemigo con mayor valor porque no se abandonarán jamás unos a otros, como que todos se conocen y se dan el nombre de hermanos, de padres, de hijos. Yo sé que la presencia de las mujeres hará a estos guerreros invencibles, ya sea que combaten con ellas en las filas, ya sea que ellas estén detrás de la línea de combate para amedrentar al enemigo y

llevar socorros en un caso extremo. Veo también que durante la paz disfrutarán de muchos bienes sobre los cuales nada has dicho; pero por lo mismo que reconozco que ese gobierno tendrá todas esas ventajas y muchas otras, no me hables más del asunto si la ejecución responde al proyecto. Ensayemos más bien convencernos a nosotros mismos de que la cosa es posible, como puede serlo, y dejemos lo demás de lado.

SÓCRATES

Acabas de hacer, inesperadamente, una interrupción a mi discurso, sin darme respiro. Acaso no sabes que en el preciso momento en que acabo de escapar a dos olas levantadas contra mí una tercera más amenazante. Cuando la hayas visto y oído su rumor excusarás sin dificultad mi vacilación y mi espanto al entrar a discurrir sobre una proposición tan extraña con el fin de examinarla por todas sus faces.

GLAUCO

Cuantos más pretextos alegues, te dispensaremos menos la explicación sobre la posibilidad de realizar tu ciudad. Habla, pues, y no nos tengas más tiempo en suspenso.

IV

1. — SÓCRATES

Está bien recordaros que lo que nos ha traído hasta aquí ha sido la investigación de la justicia y de la injusticia.

GLAUCO

En buena hora; ¿pero a qué viene esto?

SÓCRATES

A nada. Pero si nosotros descubrimos la naturaleza de la justicia, ¿no juzgaremos conveniente que el hombre justo no debe diferir en nada de ella, sino que ha de estar en todo en perfecta conformidad con ella? ¿No nos bastará con que se acerque a ella lo más posible y que la observe más que el resto de los hombres?

GLAUCO

Sí, nosotros nos conformaremos con eso.

SÓCRATES

Ha sido, pues, por tener dos modelos que hemos investigado cuál es la naturaleza de la justicia y cuál habrá de ser el hombre perfectamente justo, suponiendo que exista; y ha sido, igualmente, por esta razón por lo que hemos hecho lo mismo respecto de la injusticia y en busca del hombre injusto en absoluto, a fin de que lanzando la mirada sobre el uno y sobre el otro para juzgar de su dicha o de su desgracia, nos viésemos obligados a reconocer, en relación con nosotros mismos, que aquel que más se les asemeje tendrá la suerte correspondiente; pero nuestro designio no ha sido nunca el demostrar que tales modelos podían existir.

GLAUCO

Lo que dices es verdad.

SÓCRATES

¿Crees tú que un pintor fuese menos hábil si, después de pintar el hombre más bello que se hubiera visto y de haber dado a cada una de sus facciones la perfección suprema, no pudiera probar que la naturaleza puede producir un hombre semejante?

GLAUCO

En verdad que no.

SÓCRATES

Pero nosotros mismos, ¿qué otra cosa hemos hecho, durante esta conferencia, sino trazar en palabras el modelo de un Estado perfecto?

GLAUCO

No hemos hecho otra cosa.

SÓCRATES

¿Lo que hemos dicho estará menos bien dicho si somos incapaces de demostrar que puede formarse un Estado de acuerdo con ese modelo?

GLAUCO

De ninguna manera.

SÓCRATES

Tal es la verdad; pero si quieres que por obligarte te muestre por qué medio y hasta qué punto podría realizarse la formación de un Estado semejante, hazme, en cambio, una concesión.

GLAUCO

¿Cuál?

SÓCRATES

¿Es posible ejecutar una cosa tal y como se la describe? Al contrario, aunque otros no convengan en ello, ¿no está en la naturaleza de las cosas que la ejecución se acerque menos a la verdad que a la descripción? ¿Me concedes esto?

GLAUCO

Te lo concedo.

SÓCRATES

No me obligues, pues, a realizar con la última precisión el plan que nos hemos trazado; pero si somos capaces de descubrir cómo puede un Estado ser gobernado de la manera más próxima a la que hemos descrito, reconoce entonces que hemos demostrado, como lo exiges tú, que nuestro Estado no es una quimera. ¿No te agradaría un resultado semejante? Por lo que a mí respecta, ello me dejaría contento.

GLAUCO

Y a mí también.

2. — SÓCRATES

Procuremos ahora de averiguar y de descubrir qué vicio interior impide a los Estados actuales el ser bien gobernados, y cuál es el menor cambio que es posible introducir en ellos para hacer sus gobiernos semejantes al nuestro; y no hagamos tampoco sino un solo cambio, a lo sumo dos, o los menos numerosos y considerables por sus efectos.

GLAUCO

Muy bien.

SÓCRATES

Ahora bien : con un solo cambio nosotros creemos poder demostrar que los Estados actuales cambiarán completamente de aspecto. Verdad es que este cambio no es ni fácil ni poco importante, pero no es imposible.

GLAUCO

¿Cuál es?

SÓCRATES

Me tienes ahora ante esa cuestión que comparábamos a la más amenazante de las olas; pero la gran

palabra será pronunciada aunque haya de sumergirme, como en un abismo, cubriendome de vergüenza y de ridículo. Escucha lo que voy a decir,

GLAUCO

Habla.

SÓCRATES

En tanto que los filósofos no sean reyes en los Estados, o en tanto que aquellos a quienes hoy se da el título de soberanos y de reyes no sean seria y verdaderamente filósofos; mientras la fuerza política y la filosofía no se encuentren en el mismo sujeto; mientras una ley superior no aparte la multitud de aquellos que hoy se dirigen exclusivamente hacia la una o hacia la otra; no habrá remedio para los Estados, mi querido Glauco, y pienso que tampoco para la especie humana; y ese Estado perfecto cuyo plan hemos trazado no podrá nacer ni ver la luz del día jamás. He ahí lo que hace tanto tiempo vacilaba en decir; yo preveía hasta donde habrían de repugnar estas palabras a la opinión general, porque es difícil concebir que la felicidad pública o la particular esté unida a esta condición.

GLAUCO

¡Qué palabras, Sócrates, qué discurso acabas de pronunciar! Has debido esperar a ver muchas personas, sin excluir a las de mérito y distinción, arrojando sus vestiduras, por decirlo así, y después de haberse despojado de ellas, tomar cualquiera arma que encontren a mano para caer sobre ti con todas sus fuerzas, resueltas a hacer maravillas. Si tú no te defiendes con las armas de la razón para rechazarlas, vas a perecer bajo las burlas y a ser castigado por tu temeridad.

SÓCRATES

¿Y no eres tú la causa de ello?

GLAUCO

No me arrepiento de ello; pero te prometo no abandonarte y secundarte con todas mis fuerzas. Todo lo que puedo hacer es interesarme porque tengas éxito y darte aliento. Acaso conteste a tus preguntas con más propiedad que cualquiera otro; con este auxilio, procura combatir a tus adversarios y convencerlos de que la razón está de tu lado.

SÓCRATES

Es preciso ensayarlo, pues que me brindas un auxilio tan poderoso. Si queremos salvarnos de manos de aquellos que nos atacan, parécmeme necesario explicarles cuáles son los filósofos a quienes osamos decir que es preciso confiar el gobierno de los Estados, a fin de que, después de haberlos dado a conocer bien, podamos defendernos de nuestros adversarios y demostrar que es a tales hombres a quienes corresponde naturalmente ocuparse de la filosofía y del gobierno, en tanto que todos los demás no tendrán otra cosa que hacer que abstenerse de las cuestiones filosóficas y políticas para obedecer al magistrado.

GLAUCO

Es ya tiempo de que te expliques sobre este punto.

SÓCRATES

¡Vamos! sigueme, si es que en este caso soy capaz de conducirte.

GLAUCO

Te sigo.

SÓCRATES

¿Será preciso que te lo recuerde, o lo recuerdas tú,

que cuando se dice que alguien ama una cosa — si se habla propiamente, — no se entiende por ello que ama solamente una parte y no la otra, sino que la ama toda entera?

3. — GLAUCO

Harás bien en recordármelo, porque creo que lo he olvidado.

SÓCRATES

Cualquiera otro pudiera hablar como tú, mi querido Glauco; pero un hombre experto en el amor no debiera ignorar que quien ama, o quien está dispuesto a amar, se conmueve de algún modo con la presencia de cuantos están en la flor de la edad, porque todos le parecen dignos de sus cuidados y de su ternura. ¿No es esto lo que ocurre a vosotros respecto de los buenos mozos? ¿No decís de aquel que tiene la nariz corta que es bello; de él que la tiene aquilina que su nariz es real; de aquel que no la tiene ni corta ni larga que su nariz es perfectamente proporcionada? ¿No decís que los morenos tienen un aire marcial, y que los blancos son los hijos de los dioses? Y aquella expresión usada para comparar la tez pálida al color de la miel, ¿no crees tú que fuera inventada por algún amante que de ese modo disimulaba un defecto y no hallaba nada de desagradable en la palidez cuando se está en la flor de la edad? En una palabra, no hay pretexto de que no os valgáis, expresión de que no echéis mano, para no repudiar a ninguna persona que se encuentre en la flor de la edad.

GLAUCO

Si me tomas a mí como ejemplo de lo que, de acuerdo con tu descripción, hacen las personas enamoradas, consiento en ello en interés de la discusión.

SÓCRATES

¿No ves tú que quienes son aficionados al vino proceden del mismo modo, y que jamás les faltan buenas razones para amar toda clase de vinos?

GLAUCO

Es verdad.

SÓCRATES

También sabes que los ambiciosos, cuando no pueden comandar toda una tribu comandan una tercera parte de ella, y que, cuando no son honrados por los hombres de una clase superior y respetable, se contentan con los honores que les rinden las gentes de una clase inferior y menos digna de estimación, porque están ávidos de distinciones, cualesquiera que sean.

GLAUCO

Ciertamente.

SÓCRATES

Ahora respóndeme : cuando se dice de alguien que ama una cosa, ¿se quiere decir con ello que ama solamente una parte, o que la ama toda entera?

GLAUCO

Toda entera.

SÓCRATES

¿No diremos también que el filósofo ama el saber, no en esta o aquella de sus partes sino de una manera completa?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿No diremos de aquel a quien es difícil de complacer en materia de ciencias, sobre todo si es joven e inca-

paz de darse cuenta de lo que es útil o inútil, que ama las ciencias y que es filósofo, así como no se dirá de un hombre difícil de complacer en materia de alimentación que tiene hambre, o que desea algún alimento, o que es aficionado a comer, sino que tiene el gusto estragado?

GLAUCO

Y lo diríamos con razón.

SÓCRATES

Mas aquel que muestra gusto por toda clase de ciencias, que se consagra con entusiasmo al estudio y que es insaciable en su deseo de aprender, ¿no merece, con toda justicia, el nombre de filósofo? ¿Qué piensas tú?

GLAUCO

Habría, según tu cuenta, un gran número de filósofos y de carácter bien raro, porque sería preciso incluir bajo ese nombre a todos aquellos que tienen la curiosidad y el deseo de aprender algo, y sería algo muy extravagante colocar entre los filósofos a esas gentes ávidas de oír, que no asistirían de buen grado a una sesión o a un ejercicio como los nuestros, y que más bien parecen haber alquilado los oídos para oír todos los cantos y que acuden presurosas a todas las fiestas de Baco, sin faltar a una sola, ya sea en la ciudad, ya sea en el campo. ¿Dariamos el título de filósofos a todos esos hombres y a los que estudian con ardor cosas semejantes, aun las más ínfimas artes?

SÓCRATES

No son esos los verdaderos filósofos; no tienen sino la apariencia.

4. — GLAUCO

¿Cuáles son, entonces, en tu concepto, los verdaderos filósofos?

SÓCRATES

Aquellos a quienes agrada contemplar la verdad.

GLAUCO

Tienes razón, sin duda; pero explícame lo que entiendes por esto.

SÓCRATES

No sería fácil hacerlo en presencia de otro; pero creo que tú habrás de concederme esto.

GLAUCO

¿Qué cosa?

SÓCRATES

Puesto que lo bello es opuesto a lo feo, se trata de dos cosas distintas.

GLAUCO

Nadie dice lo contrario.

SÓCRATES

Pero puesto que son dos cosas distintas, ¿es cada una de ellas una cosa independiente de la otra?

GLAUCO

También lo concedo.

SÓCRATES

Lo propio ocurre con lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo, y con todas las demás ideas; cada una de ellas, tomada en sí misma, es una; pero en sus relaciones con las acciones, con los cuerpos, y entre sí, revisten mil formas que parecen multiplicarlas.

GLAUCO

Dices bien.

SÓCRATES

He ahí como hago la distinción entre aquellos ávidos de ver, que tienen la manía de las artes y se limitan a la práctica, y los hombres de que se trata, que son los únicos a quienes cuadra el nombre de filósofos.

GLAUCO

¿Cómo estableces la distinción? te ruego me lo digas.

SÓCRATES

Los primeros, cuya curiosidad está toda en los ojos y en los oídos, aman las voces bellas, los colores, las figuras hermosas, y toda obra en que haya belleza; pero su inteligencia es incapaz de percibir y de amar lo bello en sí mismo.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿No es verdad que son raros los hombres que pueden elevarse hasta las regiones de lo bello y contemplarlo en su esencia?

GLAUCO

Raros en verdad.

SÓCRATES

¿Vive aquél que en verdad conoce las cosas bellas pero que no tiene idea de la belleza en sí misma y que no es capaz de seguir a quienes quisieran conducirle a este conocimiento sublime? ¿Es eso sueño o realidad? Ten cuidado: ¿qué es soñar? ¿No es tomar lo que se asemeja a una cosa, por la cosa misma, ya sea que uno duerma o que esté despierto?

GLAUCO

Sí, así definiría yo el sueño.

SÓCRATES

¡Pero cómo! ¿te parece a ti sueño o realidad la vida de aquel que, por el contrario, cree que lo bello existe en sí mismo, que puede contemplar lo bello, ya sea en lo que es bello de suyo, ya sea en lo que participa de su esencia, y que no toma nunca lo bello por las cosas bellas, ni éstas por lo bello?

GLAUCO

Me parece que su vida es una realidad.

SÓCRATES

Aquel que conoce, posee un conocimiento; el que juzga por la apariencia, no tiene sino una opinión. ¿He dicho bien?

GLAUCO

Muy bien.

SÓCRATES

Pero si este último, quien según nosotros juzga por las apariencias y sin conocimiento de los hechos, se enardece contra nosotros y sostiene que no decimos la verdad, ¿no haríamos nada para calmarle y persuadirle amistosamente de que está en el error, pero ocultándole que está enfermo?

GLAUCO

Sería preciso hacerlo.

SÓCRATES

Pues bien: he aquí lo que le diríamos, ¿o quizás preferirías tú que le interrogásemos y le asegurásemos que, si sabe algo, nosotros no tendremos celos, sino

que por el contrario nos alegraríamos de ver que lo sabe? Dime, debiera yo formularle esta pregunta: ¿El que conoce, conoce alguna cosa o no conoce nada? Responde por él, Glauco.

GLAUCO

Yo contestaría que conoce alguna cosa.

SÓCRATES

¿Una cosa que existe, o que no existe?

GLAUCO

Una cosa que existe, porque ¿cómo podría conocer lo que no existe?

SÓCRATES

De suerte que, sin llevar nuestras investigaciones más lejos, sabemos, sin lugar a duda, que lo que existe de todos modos puede ser conocido de todos modos, y que aquello que no existe de ningún modo no puede ser conocido tampoco de ningún modo.

GLAUCO

De ello estamos perfectamente seguros.

SÓCRATES

Sea; pero si hubiera alguna cosa que existiese y no existiese a la vez, ¿no ocuparía ella el punto medio entre lo que existe evidentemente y lo que no existe en absoluto?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Tenemos, pues, que la ciencia está vinculada a lo que existe, y que la ignorancia se relaciona, necesariamente, con lo que no existe; pero en cuanto a aquello

que ocupa el punto medio entre el ser y el no ser, ¿no será preciso hallar algo que sea intermedio entre la ciencia y la ignorancia, en el supuesto de que haya un intermedio?

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

¿Es la opinión una cosa real?

GLAUCO

Ello no admite contradicción.

SÓCRATES

¿Es una facultad distinta de la ciencia, o la ciencia misma?

GLAUCO

Una facultad distinta.

SÓCRATES

De suerte que la opinión tiene su objeto aparte, la ciencia el suyo, y cada una según su facultad.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Pero creo, ante todo, que es necesario explicarme así.

GLAUCO

¿Cómo?

5. — SÓCRATES

He dicho que las facultades son una especie de seres que nos ponen en capacidad — tanto a nosotros como a los demás agentes — de ejecutar las operaciones que nos son propias. Doy, por ejemplo, el nombre de facultad al hecho de ver y de oír. Tú com-

prendes lo que quiero expresar con este nombre *genérico*.

GLAUCO

Lo comprendo.

SÓCRATES

Oye cual es mi pensamiento sobre este punto. Yo no veo en una facultad ni color, ni figura, ni nada que se asemeje a lo que se encuentra en muchas otras cosas; no puedo fijar los ojos sobre cosa alguna que me permita distinguirla de otra facultad. No tomo en consideración, en cada una de ellas, sino su objeto y sus efectos; es así como las distingo. Llamo facultades idénticas aquellas que tienen el mismo objeto y que producen los mismos efectos; y llamo facultades diferentes aquellas que tienen objetos y sujetos diferentes. Y tú, ¿cómo procedes?

GLAUCO

De la misma manera.

SÓCRATES

Resumamos ahora, querido amigo : ¿colocas tú la ciencia entre las facultades, y qué rango le das?

GLAUCO

La considero como la más poderosa de todas las facultades.

SÓCRATES

¿Es la opinión también una facultad, o es un ser de otra especie?

GLAUCO

De ningún modo; la opinión no es otra cosa que la facultad que tenemos de juzgar por la apariencia.

SÓCRATES

Pero acabas de convenir en que la ciencia difiere de la opinión.

GLAUCO

Sin duda; ¿cómo podría confundir un hombre sensato lo que es infalible con lo que no lo es?

SÓCRATES

Muy bien; de esta suerte reconocemos de una manera evidente que la ciencia y la opinión son facultades distintas.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Tiene cada una de ellas, por tanto, un objeto y un efecto diferentes.

GLAUCO

Necesariamente.

SÓCRATES

¿No tiene la ciencia por objeto conocer lo que es, precisamente tal y como es?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Y la opinión, decíamos, ¿no tiene por objeto el juzgar por la apariencia?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿Tiene ella el mismo objeto que la ciencia? ¿Puede la misma cosa estar, a la vez, bajo el dominio de la ciencia y de la opinión, o es ello imposible?

GLAUCO

Imposible de acuerdo con lo que hemos dicho, porque si las facultades diferentes tienen objetos diferentes; si, por otra parte, la ciencia y la opinión son facultades, y facultades diferentes, como lo hemos dicho, se sigue de todo esto que el objeto de la ciencia no puede ser el objeto de la opinión.

SÓCRATES

Por tanto, si el ser es el objeto de la ciencia, el de la opinión tiene que ser otro.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿Será ese objeto el no ser? ¿O es imposible que lo que no es sea el objeto de la opinión? ¿Comprendes lo que quiero decir? ¿El que tiene una opinión no la tiene sobre una cosa dada? ¿Puede uno formarse una opinión sobre nada, sobre lo que no existe?

GLAUCO

No es eso posible.

SÓCRATES

¿De suerte que quien tiene una opinión la tiene sobre alguna cosa?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿Pero es el no ser alguna cosa? ¿No es más bien la negación de una cosa?

GLAUCO

Eso es verdad.

SÓCRATES

De suerte que, de todos modos, teníamos nosotros que vincular el ser, lo que existe, a la ciencia; y el no ser, lo que no existe, a la ignorancia.

GLAUCO

Hemos hecho bien.

SÓCRATES

El objeto de la opinión no es, pues, ni el ser ni el no ser.

GLAUCO

No.

SÓCRATES

Por consiguiente, la opinión difiere, igualmente, de la ciencia y de la ignorancia.

GLAUCO

Así me parece.

SÓCRATES

¿Está ella (la opinión) más allá de la una o de la otra de manera que sea más luminosa que la ciencia o más obscura que la ignorancia?

GLAUCO

No.

SÓCRATES

¿Te parece, entonces, que tiene menos claridad que la ciencia y menos obscuridad que la ignorancia?

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

¿Se encuentra entre la una y la otra?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Tenemos, pues, que la opinión es una cosa intermedia entre la ciencia y la ignorancia.

GLAUCO

Absolutamente.

SÓCRATES

¿No hemos dicho antes que si hallábamos alguna cosa que fuese y no fuese, a un tiempo mismo, ella ocuparía el punto medio entre el ser puro y la nada, y que no sería ella objeto de la ciencia ni de la ignorancia sino de alguna facultad intermedia entre las dos?

GLAUCO

Lo hemos dicho con razón.

SÓCRATES

Queda ahora probado que esta facultad intermedia es la que nosotros llamamos la opinión.

GLAUCO

Sí.

6. — SÓCRATES

Nos falta, pues, hallar cuál es esa cosa que participa de la naturaleza del ser y del no ser, y que no es, propiamente, ni lo uno ni lo otro. Si descubrimos cuál es el objeto de la opinión, podremos asignar a cada una de estas tres facultades lo que de derecho le corresponde. Los extremos a los extremos, el punto intermedio a la facultad intermedia, ¿no es así?

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

Esto sentado, desearía que me respondiese ese hom-

bre excelente que no cree que nada es bello en sí mismo, ni en que la idea de lo bello sea inmutable, y que no reconoce sino la multitud de las cosas bellas; ese *amateur* de espectáculos que no puede tolerar que se le hable de lo bello, de lo justo, o de cualquiera otra realidad absoluta; desearía que me respondiese lo siguiente: esas mismas cosas que tú juzgas bellas, justas, santas, ¿no te parece que no son bellas, ni justas, ni santas desde algún punto de vista?

GLAUCO

Sí; contestaría él. Sucede necesariamente que las mismas cosas, vistas desde diferentes puntos de vista, parecen bellas y feas, y así de las demás.

SÓCRATES

¿Una cantidad doble parece ser menos de la mitad que el doble de otra?

GLAUCO

No.

SÓCRATES

Digo otro tanto de aquellas cosas que uno llama grandes o pequeñas, pesadas o ligeras; ¿conviene mejor a cada una de ellas esa calificación, que la contraria?

GLAUCO

No; ellas tienen siempre de la una o de la otra.

SÓCRATES

¿Esas cosas son más bien lo que son que lo que uno dicen que son?

GLAUCO

Se asemejan a aquellos juegos de palabras de doble sentido que se acostumbran en los banquetes, y al

enigma (1) o acertijo de los niños acerca del eunuco que golpea al murciélagos, sobre el modo como lo golpea y sobre el lugar en que, según la fábula, le golpeaba. Esos enigmas presentan dos sentidos contrarios; no puede uno decir con certeza ni sí ni no, ni lo uno ni lo otro, ni dejar de decir lo uno o lo otro.

SÓCRATES

¿Qué colocación mejor para esta clase de cosas que asignarles un sitio entre lo que existe y la nada? Porque no son, sin duda, más obscuras que la nada, hasta el punto de tener menos existencia, ni más luminosas que el ser, hasta el punto de tener mayor realidad.

GLAUCO

Así es la verdad.

SÓCRATES

Paréceme, pues, que hemos hallado que esta multitud de cosas, que sirven de regla a los hombres para juzgar de la belleza y de las demás cualidades semejantes, giran, por decirlo así, entre la nada y la existencia verdadera.

GLAUCO

Esto es lo que hemos hallado.

(1) He aquí ese enigma, según al Escoliasta, quien lo atribuye a Clearco. Está expresado en versos yámbicos :

Αἴνος τίς ἐστιν, ὡς ἀνήρ τε κούκ όντιο
 "Ορνιθα, κούκ όρνιθ' ιδών τε κούκ ιδών,
 Ἐπι! ξύλου τε κούξ ξύλου καθημενην
 Λιθο τε κού λιθο βάγοι τε κού βάδαι.

“ Un hombre que no es hombre, pero que sí es hombre,
 Me ha golpeado, a mí, pájaro que no soy pájaro, pero que sí soy pájaro,
 Trepado en un árbol que no es un árbol,
 Con una piedra que no es una piedra. ”

Es decir : un eunuco tuerto, un murciélagos, una cañaheja, una piedra pómex. El que habla es el murciélagos.

SÓCRATES

Pero de antemano habíamos convenido en que era preciso advertir que esta clase de cosas eran del resorte de la opinión y no del de la ciencia; lo que así aparece indeterminado, entre lo que existe y la nada, corresponde a la facultad intermedia.

GLAUCO

Sí, hemos convenido en ello.

SÓCRATES

Así pues, aquellos que pasan la vista sobre la multitud de cosas bellas no perciben lo bello en su esencia y no pueden seguir a quien quisiera elevarlos a esa contemplación. Ellos miran la multitud de cosas justas sin ver la justicia misma, y así de lo demás. Diremos que todos sus juicios son opiniones y que no se basan en el conocimiento.

GLAUCO

Necesariamente.

SÓCRATES

¿Qué diremos, por el contrario, respecto de aquellos que contemplan las cosas en sí mismas, en su esencia inmutable? ¿No diremos que sus juicios se basan en el conocimiento y no en la opinión?

GLAUCO

Esto no es menos necesario.

SÓCRATES

¿No dirémos de los unos y de los otros que sienten afición y amor por las cosas que son objeto de la ciencia los últimos, y por las que son objeto de la opinión los primeros? ¿Hemos olvidado acaso que de éstos decíamos que se complacían en oír las voces bellas,

en deleitar la vista con los colores hermosos, y en hacer muchas otras cosas análogas, pero que no podían tolerar que se les hablase de lo bello absoluto como de una realidad?

GLAUCO

No lo he olvidado.

SÓCRATES

¿Seremos, acaso, injustos si decimos que son más bien amigos de la opinión que del saber? ¿Se enojarán mucho con nosotros si les tratamos de ese modo?

GLAUCO

No, si han de creerme, porque no es permitido nunca enfadarse contra la verdad.

SÓCRATES

Por consiguiente, ¿precisa dar el título de filósofos, y no el de amigos de la opinión, a aquellos que contemplan las cosas en su esencia?

GLAUCO

Sin la menor duda.

FIN DEL TOMO PRIMERO